

Shelley, el predestinado

= Seguimos publicando el magistral ensayo de Francis Thompson en la traducción que para Repertorio Americano ha hecho Hipólito Mattone. Las primeras dos partes se publicaron en las entregas 3 y 15 del tomo en curso. =

Es cierto que Shelley compartió la suerte de casi todos los poetas contemporáneos suyos, en cuanto no fué apreciado. Como ellos, sufrió a manos de críticos que constantemente le trasquilaban los rizos alborotados a la poesía con las tijeras de sus sarrosas reglas; críticos que no podían ver que una rama literaria proyectara fuera del nivel de su día sin cortarla de tajo con una crítica torcida; críticos que indomablemente mantenían, en el desfiladero que conduce a la fama, los «cánones establecidos» que poeta tras poeta había venido acribillando. Pero rehusamos creer que un poeta del calibre de Shelley pueda haberse sentido seriamente lastimado por carecer de boga. No es que supongamos que haya encontrado consuelo en esa insensata superstición del «aplausos de la posteridad». Posteridad, ¡posteridad!, posteridad que va a Roma, llora tamañas lágrimas, y graba bellas inscripciones, sobre la tumba de Keats; y el gusano tiene que retorcerse para dar gentilmente gracias por todo eso, puesto que el pobre chico muerto, dondequiera que esté, tiene otro ropaje que atender. ¡Y por más que sean las lágrimas, jamás un solo hueso menos seco!

El poeta tiene que ser, hasta cierto grado, camaleón, y alimentarse de aire. Pero este aire no es preciso que sea el aliento viciado de la multitud. El poeta puede hallar su mantención necesaria en el juicio de aquellos cuyo juicio sabe que es valioso, y esa mantención la tuvo Shelley:

La gloire

Ne compte pas toujours les voix;

Elle les pèse quelquefois.

Mas si tal cosa le era útil para su mantenerse, ni esto, ni el aplauso del presente, ni el aplauso de la posteridad,



podían haberle sido necesarios como inspiración: el motivo todo suficiente para que cante un gran poeta es el que Keats expresó:

Enseñáronme en el Paraíso

A aliviarme el pecho de melodías.

Francis Thompson

(Seguirá próximamente Shelley metafísico, continuación de este ensayo).

Precisamente. El pecho sobrecargado no puede hallar alivio sino es amamantando al bebé cantar. Enemistad ninguna de parte de las circunstancias exteriores, por consiguiente, sino en su naturaleza propia, fué responsable del destino de Shelley.

Un ser dotado con tan gran dosis de la sinrazón de la niñez, y sin embargo, y a la vez, con el don de simpatía que brilla luminosamente en la dulce sin razón del niño, parecería predestinado por su propia esencia a la brevedad de la pompa y del arcoiris, de todas las cosas demasiado frágiles y bellas. ¿Tendría parte en su tristeza sombra alguna de su destino? Es seguro que, por curiosa casualidad, él mismo, en *Julian and Maddalo*, festivamente predijo la manera de su fin. «¡Ajá! Hablas como en pasados años,» le dice Maddalo (Byron) a Julián (Shelley); «si no sabes nadar, cuidado con la Providencia.» ¿No sonaría en sus oídos algún extraterrestre *dixisti* cuando escribía eso? Poco tiempo después, y Shelley, que no sabía nadar, se ahogaba en las aguas de Lerici. No sabíamos cómo afectará esto a los demás, pero en nosotros ha sido una coincidencia que nos ha tiranizado largo tiempo con una inveteración absorbente de impresión (robustecida más bien que disminuida por el contraste entre la trivialidad de la declaración y su cumplimiento fatal)—contemplar así, anunciándose en burlona advertencia a través de los propios labios de su víctima predestinada, al Destino movidos por cuyo aliento agitábanse los cabellos de Shelley en las playas de la Campania. La muerte que él había vaticinado le alcanzó, y Spezzia añadió otro nombre a la dolorosa lista de los Marcelli de nuestro idioma; copas venecianas que se cubrían de espuma y se rompían antes de que el venenoso vino de la vida hubiese subido hasta su borde.

Carrera Andrade es un poeta joven del Ecuador. Ya bien conocido entre los líricos de habla castellana por sus dos libros *Estanque inefable* y *La guirnalda del silencio*, donde predominaba un «franciscanismo» muy a tono con los antecedentes raciales del autor, la obra que ahora acaba de aparecer en España representa una aportación importantísima para la nueva poesía. No es extraño, pues, que Gabriela Mistral, la gran poetisa, salude en el prólogo a una voz nueva en la literatura hispanoamericana. La Mistral califica a Carrera de poeta indofuturista, definición que le cuadra exactamente porque sus poemas tienen la raíz oriental precolombiana y la expresiva metáfora moderna encajada en la forma libre del verso reciente. «La lengua de que se vale para la prueba—dice la prologuista—está terciada de ingenuidad, de atrevimiento y de una soltura de lazo indio. La ingenuidad la pone en el tijeiteo simplista de las figuras; la soltura le viene de dejar hablar al indio su lengua abélica; el atrevimiento salta en la metáfora 1930. Tal vez la entraña definitiva de su poesía sea este indianismo, que se le volverá

menos bizarro a medida que se le haga más cotidiano».

La actuación de lo primigenio en Carrera Andrade al combinarse con sus impresiones del paisaje moderno ofrece cualidades de interpretación original de la vida en torno. Por ejemplo, en el *Saludo de los puertos*, se junta la emoción de lo industrial cosmopolita con la evocación intensa de lo primitivo y lejano. Desde el «Amsterdam de chocolate» y el «Hamburgo azucarado de nieve» invoca al «hombre del Ecuador, arriero, agricultor en la tierra pintada de dos climas, conductor de ganado sobre la

cordillera, vendedor de mariscos y bannano». Sobresale también el *Encuentro de Barcelona*, donde «Barcelona sale al mar con chimeneas de hierro y sardanas de cristal.» Es indispensable anotar, por fin, la solidaridad de la poesía de Carrera Andrade con el moderno movimiento de la literatura revolucionaria. Sin que se evaporen las esencias de su poesía pura, él habla de «La extrema izquierda». «Tienes razón, cigarra obrera, de minar el estado con tu canto profundo. Los dos formamos, compañera, la extrema izquierda de este mundo.»

José Díaz Fernández

(De *El Sol*, Madrid.)

DR. HERDOCIA

**Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta**

Horas de oficina:
**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

Con residencia en España—ecuatoriano de origen—Jorge Carrera Andrade ha dado a la imprenta, hace poco, una colección de poesías, *Boletines de Mar y Tierra*, en que no se sabe qué preferir, si la frescura del temperamento o los rigores a que una técnica personalísima lo somete. Algunas composiciones—*Biografía*, por ejemplo, o *Saludo de los Puertos*—están muy eficazmente logradas y recuerdan, sin filiación imitativa, la noble humildad poética de Jules Supervielle